

V.E. SCHWAB



CONCILIO **DE** SOMBRAS

minotauro



CONCILIO DE SOMBRAS

V. E. SCHWAB

minotauro

Título original: *A Gathering of Shadows*

© 2016 Victoria Schwab
Publicado en EE.UU. por Tor Books, de Tom Doherty Associates, LLC

© Traducción de Julieta Gorlero

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los nombres, personajes, lugares y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas, lugares o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0602-3
Depósito legal: B. 14.775-2019
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Impreso en España

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como papel **ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

I



El mar Arnesiano

Delilah Bard tenía un don para encontrar problemas.

Siempre había pensado que eso era mejor que dejar que los problemas la encontraran a ella, pero ahora, flotando en el océano en un esquife para dos personas, sin remos, sin tierra a la vista y sin recursos reales, salvo por las sogas que le ataban las muñecas, estaba empezando a reconsiderarlo.

Era una noche sin luna, el mar y el cielo espejaban la oscuridad estrellada en todas las direcciones; solo la ondulación del agua debajo del bote señalaba las diferencias entre arriba y abajo. Antes, ese reflejo infinito hacía que Lila sintiese que estaba posada en el centro del universo. Esta noche, a la deriva, hizo que quisiera gritar.

En vez de eso, entornó los ojos hacia las luces que titilaban a lo lejos; solo el tono rojizo diferenciaba los faroles de la nave de la luz de las estrellas. Y mientras miraba, el barco —su barco— se movía despacio, pero sin duda se alejaba.

El pánico trepó lentamente a su garganta, sin embargo se mantuvo firme.

«Soy Delilah Bard», pensó mientras las sogas le rasgaban la piel. «Soy una ladrona, una pirata y una viajera. Pisé tres mundos diferentes y sobreviví. Derramé la sangre de miembros de la realeza

y sostuve magia en mis manos. Un barco lleno de hombres no es rival para mí. No os necesito a ninguno. Soy única, maldita sea».

Sintiéndose bastante fortalecida, se colocó de espaldas al bote y miró adelante, hacia la noche creciente.

«Podría ser peor», razonó, justo antes de sentir que el agua fría le lamía las botas. Al bajar la vista observó que había un agujero en el bote. No un agujero grande, en absoluto, pero el tamaño no suponía demasiado consuelo; un pequeño hoyo era capaz hundir un bote con la misma eficacia, aunque no tan rápido.

Lila refunfuñó y miró hacia abajo, a la soga áspera bien ceñida alrededor de sus manos, agradecida por partida doble de que aquellos cabrones le hubieran dejado las piernas sueltas, incluso aunque estuviese atrapada en un vestido abominable. Un armatoste verde, suelto, de falda amplia, con demasiada gasa y una cintura tan ajustada que apenas podía respirar y «¿por qué, por Dios, las mujeres se hacían esto a ellas mismas?».

El agua subió unos centímetros más en el esquiife y Lila se obligó a concentrarse. Tomó el poco aire que su atuendo le permitía y repasó su escaso inventario, que se mojaba con rapidez: un solo barril de cerveza (un obsequio de despedida), tres cuchillos (todos ocultos), media docena de bengalas (que los hombres que la habían dejado a la deriva le otorgaron), el mencionado vestido (al demonio con él) y el contenido de la falda y los bolsillos de dicho vestido (necesarios, si lograba salir de allí).

Lila levantó una de las bengalas, un artefacto parecido a los fuegos artificiales que, al golpearlo contra cualquier superficie, producía un chorro de luz de distintos colores. No un estallido, sino un rayo constante lo bastante fuerte como para atravesar la oscuridad como un cuchillo. Se suponía que cada bengala duraba un cuarto de hora, y los diferentes colores tenían su propio código en mar abierto: amarillo para un barco que se hunde; verde para una enfermedad a bordo; blanco para un peligro sin nombre y rojo para piratas.

Tenía una de cada color, y la joven dejó que sus dedos bailaran sobre las puntas de las bengalas, mientras consideraba sus opciones. Echó un vistazo al agua que seguía entrando y se decidió por

la amarilla: la tomó con ambas manos y la estrelló contra el costado del pequeño barco.

La luz irrumpió repentina y deslumbrante. Partió el mundo en dos: el violento blanco dorado de la bengala y la nada profundamente negra alrededor de este. Lila pasó medio minuto maldiciendo y parpadeó para contener las lágrimas ante el brillo, mientras apuntaba la bengala hacia arriba y lejos de su rostro. Y después comenzó a contar. Justo cuando sus ojos empezaban a adaptarse, la bengala flaqueó, titiló y se apagó. Escaneó el horizonte en busca de un barco, pero no vio ninguno, y en el bote el agua continuó subiendo lenta pero constantemente por la pantorrilla de su bota. Tomó una segunda bengala —blanca para el peligro— y la golpeó contra la madera, protegiéndose los ojos.

—Vamos —susurró—. Vamos, vamos, vamos... —Las palabras se perdieron debajo del siseo que dejó escapar la bengala al morir y ella se sumergió de nuevo en la oscuridad.

Lila apretó los dientes.

A juzgar por el nivel del agua en el pequeño barco, le quedaba solo un cuarto de hora —el tiempo de una bengala— antes de encontrarse en verdadero peligro de hundirse.

Entonces algo se arrastró a lo largo del costado de madera del esquiife. Algo con dientes.

«Si existe un dios, —pensó—, un cuerpo celestial, un poder divino o alguien arriba (o abajo) que quizá quiera verme viva un día más, ya sea por pena o por diversión, ahora sería un buen momento para interceder».

Y tras eso, levantó la bengala roja —para piratas— y la golpeó, de modo que la noche alrededor de ella se tiñó de un carmesí espeluznante. Le recordó por un instante al río Isle en Londres. No su Londres —si es que aquel lúgubre lugar había sido suyo alguna vez— ni el Londres aterradoramente blanco que había dado origen a Athos, Astrid y Holland, sino el Londres de él. El Londres de Kell.

La imagen de Kell apareció en su mente como una bengala, con su cabello cobrizo y esa arruga constante entre los ojos, uno azul y el otro negro. *Antari*. Chico mágico. Príncipe.

Lila miró directamente la luz roja que había ante ella, hasta que esta quemó la imagen. Tenía preocupaciones más urgentes ahora mismo. El agua subía. La bengala se apagaba. Las sombras serpenteaban contra el bote.

Justo cuando la luz roja de la bengala para piratas comenzaba a extinguirse, lo vio.

Apenas lo distinguió al principio —un tentáculo de bruma en la superficie del mar—, pero pronto la niebla se transformó en el fantasma de un barco. El casco oscuro pulido y las velas negras brillantes reflejaban la noche en todas las direcciones; los faroles a bordo eran tan pequeños y estaban tan descoloridos que parecían luces de estrellas. Solo cuando estuvo lo bastante cerca como para que la luz roja agonizante de la bengala bailara sobre las superficies reflectantes, el barco se dejó ver completamente. Y para entonces, casi estaba sobre ella.

A la luz parpadeante de la bengala, Lila pudo discernir el nombre del navío, escrito con pintura iridiscente a lo largo del casco. *Is Ranes Gast*.

Ladrón de Cobre.

Lila abrió los ojos de asombro y alivio. Esbozó una sonrisa pequeña, íntima, y luego escondió la mirada bajo algo más apropiado, una expresión entre agradecida y suplicante, con una pizca cautelosa de esperanza.

La bengala se consumió y se apagó, pero el barco estaba a su lado ahora, tan cerca que distinguió las caras de los hombres que se asomaban por el barandal.

—¡Tosa! —gritó en arnesiano, mientras se ponía de pie con cuidado para no sacudir el pequeño navío que se «hundía».

«Ayuda». La vulnerabilidad nunca le había salido naturalmente, pero hizo lo que pudo para imitarla mientras los hombres miraban hacia abajo y la contemplaban, acurrucada en su pequeño bote inundado, con las muñecas atadas y su vestido verde empapado. Se sintió ridícula.

—¿Kers la? —preguntó uno, más a los otros que a ella. «¿Qué es esto?»

—¿Un regalo? —dijo otro.

—Tendrás que compartir —murmuró otro.

Algunos de los otros hombres dijeron cosas menos agradables, y Lila tensó el cuerpo, contenta de que sus acentos estuvieran tan llenos de barro y espuma de mar que ella fuese incapaz de entender todas las palabras, aunque pudiese deducir su significado.

—¿Qué haces ahí abajo? —preguntó uno de ellos, cuya piel era tan oscura que sus bordes se difuminaban en la oscuridad de la noche.

El arnesiano de Lila aún estaba lejos de ser fluido, pero cuatro meses en el océano rodeada de gente que no hablaba inglés sin duda lo habían mejorado.

—*Sensan* —respondió Lila («me hundo»), lo que provocó la risa de la tripulación ahí reunida. Pero ellos no parecían apurados por rescatarla. Lila sostuvo las manos en alto para que pudieran ver la sogá—. Me vendría bien un poco de ayuda —dijo lentamente, era una expresión que había practicado.

—Ya lo vemos —dijo el hombre.

—¿Quién tiraría una cosa tan preciosa? —intervino otro.

—Quizá esté toda usada.

—Qué va.

—¡Ey, muchacha! ¿Tienes todas las partes en su sitio?

—¡Mejor déjanos ver!

—¿Qué es todo este alboroto? —resonó una voz y un momento después, apareció un hombre tan flaco como un palo, con los ojos hundidos y el cabello negro salpicado de entradas, que contempló a Lila. Después dirigió la mirada al vestido, al barril, a las cuerdas y al bote.

El capitán, apostó ella.

—Parece que está en problemas —dijo en su dirección. No levantó la voz, pero de todos modos esta retumbó. Su acento arnesiano era entrecortado pero claro.

—Qué perceptivo —respondió Lila sin poder evitarlo. Su insolencia resultaba arriesgada, pero si había una cosa que se le daba bien era interpretar a las personas, daba igual donde estuviera. Y como era de esperar, el hombre flaco sonrió.

—Han tomado mi barco —continuó ella— y el nuevo no durará demasiado, y como puedes ver...

Él la interrumpió.

—¿Quizá sea más fácil hablar si sube aquí arriba?

Lila asintió con la cabeza y dejó escapar un suspiro de alivio. Había comenzado a temer que siguieran navegando y la dejaran ahí para que se ahogara. Lo que, a juzgar por sus tonos de voz libidinosos y sus miradas aun más lascivas, quizá fuera la mejor opción, pero en el bote no tenía nada que hacer y en el barco contaba con una oportunidad.

Lanzaron una soga a un lado; y el extremo con peso aterrizó en el agua cerca de sus pies. La agarró y la usó para guiar su navío hasta el costado del barco, donde habían bajado una escalerilla; pero antes de que pudiera impulsarse hacia arriba, dos hombres descendieron y aterrizaron en el bote a su lado, lo que hizo que este comenzara a hundirse considerablemente más rápido. Ninguno de ellos pareció preocuparse. Uno procedió a coger el barril de cerveza y el otro, para horror de Lila, la agarró a ella. Se la echó al hombro, y la joven necesitó cada gota de autocontrol —que jamás había sido demasiado— para no clavarle un cuchillo en la espalda, especialmente cuando las manos del sujeto comenzaron a desviarse hacia su falda.

Lila se clavó las uñas en las palmas de las manos, y para cuando el hombre finalmente la dejó en la cubierta del barco al lado del barril («Es más pesada de lo que parece —murmuró— y tan solo la mitad de mullida...»), se había hecho ocho pequeñas medias lunas en la piel.

—Cabrón —gruñó Lila en inglés y en voz baja. Él le guiñó un ojo y murmuró algo acerca de que era mullida donde importaba, y Lila juró en silencio que lo mataría. Despacio.

Y entonces se enderezó y se encontró a sí misma de pie en medio de un círculo de marineros.

No, marineros no, por supuesto.

Piratas.

Mugrientos, teñidos por el mar y quemados por el sol, con la piel oscurecida y las ropas descoloridas; todos y cada uno de ellos tenía un cuchillo tatuado sobre la garganta. La marca de los piratas del *Ladrón de Cobre*. Contó a siete a su alrededor, a cinco que se

ocupaban del cordaje y las velas, y supuso que habría otra media docena bajo cubierta. Dieciocho. Veinte para redondear.

El hombre flaco como un palo quebró el círculo y dio un paso adelante.

—*Solase* —dijo, abriendo los brazos—. Lo que mis hombres tienen de pelotas les falta de modales. —Llevó la mano al hombro de su vestido verde. Tenía sangre bajo las uñas—. Está temblando.

—He tenido una mala noche —dijo Lila, con la esperanza, mientras observaba a la desagradable tripulación, de que no estuviera a punto de ponerse peor.

El hombre flaco sonrió, y su boca, sorprendentemente, estaba llena de dientes.

—*Anesh* —dijo—, pero ahora se encuentra en mejores manos.

Lila había oído hablar lo suficiente sobre la tripulación del *Ladrón de Cobre* como para saber que eso era mentira, pero fingió ignorancia.

—¿Y a quién pertenecen esas manos? —preguntó, al mismo tiempo que la figura esquelética le tomaba los dedos y presionaba sus labios cortados contra los nudillos, ignorando la sogá que aún estaba enrollada con fuerza alrededor de sus muñecas.

—A Baliz Kasnov —contestó él—, el ilustre capitán del *Ladrón de Cobre*.

Perfecto. Kasnov era una leyenda del mar Arnesiano. Su tripulación era pequeña pero diligente, y tenían la afición de abordar barcos y cortar pescuezos en las horas más oscuras que preceden al amanecer para luego esfumarse con el cargamento y dejar atrás a los muertos en su putrefacción. Puede que él pareciera famélico, pero su glotonería por los tesoros era célebre, especialmente por los que se podían consumir, y Lila sabía que el *Ladrón de Cobre* se encontraba navegando hacia la costa norte de una ciudad llamada Sol con la esperanza de tenderles una emboscada a los dueños de un envío particularmente grande de licor fino.

—Baliz Kasnov —dijo ella, pronunciando el nombre como si nunca lo hubiese escuchado.

—¿Y usted es? —presionó él.

—Delilah Bard —respondió—. Anteriormente del *Golden Fish*.

—¿Anteriormente? —apuntó Kasnov, mientras sus hombres, aburridos obviamente por el hecho de que ella siguiera vestida, comenzaban a meterse en el casco—. Bueno, señorita Bard —dijo, enlazando un brazo con el de ella con complicidad—. ¿Por qué no me cuenta cómo terminó en ese pequeño bote? El mar no es un lugar adecuado para una joven dama como usted.

—*Vaskens* —dijo ella («piratas»), como si no tuviese idea de que esa palabra definía también a los hombres ahí presentes—. Me robaron el barco. Era un regalo de bodas de mi padre. Se suponía que debíamos navegar hacia Faro; partimos hace dos noches, pero salieron de la nada y atacaron el *Golden Fish*... —Había practicado este discurso, no solo las palabras sino también las pausas—. Ellos... mataron a mi esposo. A mi capitán. A la mayor parte de mi tripulación. —Aquí Lila volvió al inglés—. Sucedió tan rápido... —Se interrumpió de repente, como si el desliz hubiese sido casual.

Pero captó la atención del capitán, como un pez en un anzuelo.

—¿De dónde es?

—De Londres —dijo Lila, dejando que se notara su acento. Un murmullo recorrió el grupo. Ella continuó, decidida a terminar su historia—. El *Fish* era pequeño —dijo—, pero valioso. Cargado con provisiones para un mes. Comida, bebida..., dinero. Como dije, era un regalo. Y ahora todo ha desaparecido.

Pero en realidad no, todavía no. Miró hacia atrás por encima del barandal. El barco era un borrón de luz sobre el lejano horizonte. Había detenido su retirada y parecía estar esperando. Los piratas siguieron la dirección de su mirada con ojos hambrientos.

—¿Cuántos hombres eran? —preguntó Kasnov.

—Suficientes —respondió ella—. ¿Siete, ocho?

Los piratas sonrieron con avaricia, y Lila supo lo que estaban pensando. Superaban dos veces ese número y tenían un barco que se escondía como una sombra en la oscuridad. Si pudiesen alcanzar el botín a la fuga... Sintió que los ojos hundidos de Baliz Kasnov la examinaban detenidamente. Ella le devolvió la mirada y se preguntó, sin reparar demasiado en ello, si él poseería algo de magia. Casi todos los barcos se encontraban protegidos con un puñado de hechizos —elementos que hacían sus vidas más seguras y más convenientes—,

pero a ella le había sorprendido mucho descubrir que la mayoría de los hombres que conocía en el mar tenían poca predisposición hacia las artes elementales. Alucard decía que el dominio de la magia era una habilidad valorada y que la verdadera afinidad podía otorgar un lucrativo empleo en tierra. Los magos en el mar casi siempre se enfocaban en los elementos de relevancia —agua y viento—, pero pocas manos eran capaces de cambiar la marea, y al final la mayoría seguía prefiriendo el viejo y conocido acero. Algo que Lila apreciaba de veras, dado que llevaba varias piezas escondidas en su persona.

—¿Por qué la perdonaron? —preguntó Kasnov.

—¿Lo hicieron? —desafió Lila.

El capitán se lamió los labios. Ya había decidido qué hacer con el barco, Lila lo percibía; ahora intentaba decidir qué hacer con ella. Los tripulantes del *Ladrón de Cobre* no tenían reputación de ser misericordiosos.

—Baliz... —dijo uno de los piratas, un hombre con la piel más oscura que el resto. Apretó el hombro de su capitán y le susurró al oído. Lila solo pudo discernir unas pocas palabras murmuradas. Londinenses. Ricos. Y rescate.

Una sonrisa se dibujó lentamente en los labios del capitán.

—*Anesh* —dijo, asintiendo con la cabeza. Y después, ordenó a toda la tripulación ahí reunida—: ¡Izad las velas! ¡Rumbo al sur por el oeste! Tenemos un pez dorado que atrapar.

Los hombres murmuraron su aprobación.

—Milady —dijo Kasnov, guiando a Lila hacia los escalones—, ha tenido una noche dura. Déjeme mostrarle mi camarote, donde seguramente estará más cómoda.

Detrás de sí, Lila escuchó los sonidos que hacía el barril al ser abierto y la cerveza al ser servida, y sonrió mientras el capitán la llevaba bajo cubierta.



Kasnov no se quedó, gracias a Dios.

La depositó en sus dependencias —ella seguía con la soga alrededor de las muñecas— y se esfumó, cerrando la puerta detrás

de él. Para alivio de Lila, solo había visto a tres hombres bajo cubierta. Eso significaba que había quince a bordo del *Ladrón de Cobre*.

Lila se apoyó en el borde de la cama del capitán y contó hasta diez, veinte y después hasta treinta, mientras resonaban pasos arriba y el barco viraba hacia su propia nave en retirada. Ni siquiera se habían molestado en registrarla para ver si llevaba armas, lo que era un poco osado, pensó Lila mientras desenterraba un cuchillo de su bota. Con un solo movimiento experto, lo hizo girar en su mano y cortó las sogas. Estas cayeron al suelo mientras Lila se frotaba las muñecas y canturreaba para sí. Era una canción, una saloma, que hablaba de Sarows, un fantasma que, se decía, rondaba de noche por los barcos descarriados.

*¿Cómo sabes cuándo viene Sarows?
(Viene, viene, ¿viene a bordo?).*

Lila tomó la cintura de su vestido con las dos manos y la desgarró; la falda cayó, y dejó al descubierto pantalones negros ajustados —con una pistolera que sostenía un cuchillo encima de cada rodilla— que se embutían dentro de sus botas. Tomó el cuchillo y lo deslizó hacia arriba por la parte de atrás de su corsé, recortando los lazos para poder respirar.

*Cuando el viento muere, pero aún canta en tus oídos
(en tus oídos, en tu cabeza, en tu sangre, en tus huesos).*

Arrojó la falda sobre la cama y la abrió de un tajo desde el dobladillo hasta la cintura deshilachada. Escondidos entre la gasa, había unos seis palitos finos que parecían varillas y se asemejaban a las bengalas, pero que no eran ninguna de las dos cosas. Envainó la cuchilla de nuevo en su bota y liberó los fósforos.

*Cuando la corriente se detiene, pero el barco sigue a la deriva...
(Va a la deriva, a la deriva, a la deriva).*

Encima de ella, Lila escuchó un golpe seco, como un peso muerto. Y luego otro y otro, a medida que la cerveza hacía efecto. Tomó un trozo de tela negro, le frotó carbón en un lado y se lo ató sobre la nariz y la boca.

Cuando la luna y las estrellas se esconden de la oscuridad.

(Porque la oscuridad no está nunca vacía, en absoluto).

(Porque la oscuridad no está vacía en absoluto).

Lo último que Lila cogió del interior de los pliegues de su falda verde fue su máscara. Una pieza para el rostro de cuero negro, sencilla excepto por los cuernos que se enroscaban con una extraña y amenazante gracia sobre la frente. Se colocó la máscara sobre la nariz y la ató en su lugar.

¿Cómo sabes cuándo viene Sarows?

(Viene, viene, ¿viene a bordo?).

Había un espejo, semiplateado por el paso del tiempo, apoyado en una esquina del camarote del capitán, y ella le echó una mirada a su reflejo cuando sonaron pasos en la escalera.

Porque no lo ves y no lo viste y no lo verás venir

(no lo verás venir de ningún modo).

Lila sonrió detrás de la máscara. Y después se dio la vuelta y acercó la espalda a la pared. Luego golpeó un fósforo contra la madera, igual que había hecho con las bengalas; pero a diferencia de estas, no salió ninguna luz, solo nubes de humo pálido.

Un instante después, la puerta del capitán se abrió de golpe, pero los piratas habían llegado demasiado tarde. Lanzó el fósforo humeante a la habitación y escuchó tropezones y hombres que tosían, antes de que el humo narcótico los hiciera caer.

«Dos menos», pensó Lila, pasando por encima de sus cuerpos.

«Quedan trece».